

Brutalización de la política y banalización de la violencia en la España de entreguerras

Eduardo González Calleja
Universidad Carlos III de Madrid

Pocos períodos de la historia de la Humanidad han estado tan plagados de conflictos armados como este “corto siglo XX”, que empezó con la gran hecatombe de 1914 y pudo darse por concluido a fines de la década de 1980 con el derrumbamiento del mundo comunista. Esta “era de las catástrofes” o “siglo de la violencia” ha cobrado su fisonomía característica merced a los dos grandes ciclos de crisis global (1914-1947 y 1973-1991), que enmarcan un período “glorioso” de 25-30 años de extraordinario crecimiento económico y de no menos profundas transformaciones sociales. A pesar de la desigual presencia de guerras en estas tres etapas, en todas ellas se han producido el número suficiente de grandes conflictos armados como para que el siglo XX quede fijado en la memoria colectiva como la centuria de la brutalidad, que se expresó en las masacres organizadas y las luchas planificadas por los Estados hasta la completa destrucción del adversario.

¿Qué posición relativa ocupa la historia de España en ese “siglo de la violencia” que generó una auténtica cultura de la confrontación armada? En un país que no se había involucrado en ninguna gran conflagración internacional desde las guerras napoleónicas y las independencias americanas de inicios del XIX, las experiencias de guerra más intensas y duraderas desde 1840 hasta 1936 tuvieron que ver con el ciclo de conflicto neoimperialista de 1859-66 (intervenciones en Cochinchina, Marruecos, México, Santo Domingo y el Pacífico), el interno y ultramarino de 1868-98 (rebeliones cantonal, carlista, cubana y filipina) y el colonial de 1893-1927 en torno a Marruecos. Pero la teórica neutralidad de nuestro país en ambos conflictos mundiales no puede ocultar que España se vio inmersa, en ese período de turbulencias que va de 1914 a 1945, en un auténtico ciclo bélico que se inició con el conflicto colonial en el norte de Marruecos (1909-27), continuó con una atroz guerra civil (1936-39) y culminó en una posguerra ficticia, jalonada de expediciones militares en el contexto de la Segunda Guerra Mundial (“División Azul”, 1941-44¹) y de un prolongado conflicto insurgente como fue el “maquis” (1939-65). Ahora que la mitología de la excepcionalidad hispana está dejando paso franco a la reflexión comparativa, hemos de recalcar que ninguna de estas guerras puede estudiarse ni asilada de las experiencias bélicas anteriores, ni marginada de los grandes conflictos europeos de la época, fueran éstos de carácter colonial, internacional o revolucionario².

1. Sobre la intervención española en la campaña del Este resulta de gran interés el reciente libro de Xavier MORENO JULIÁ, *La División Azul. Sangre española en Rusia (1941-1945)*, Barcelona, Crítica, 2005. Algunos datos recientes sobre los combates entre españoles en Rusia como una recreación en miniatura de la Guerra Civil que Stalin trató de evitar, pero que a pesar de todo se plasmó en los arrabales de Berlín en 1945, en Daniel ARASA, *Los españoles de Stalin*, Barcelona, Belacqva, 2005.

2. Sobre el influjo de la brutalización de la Gran Guerra en el conflicto del Rif tiene luminosas páginas Sebastian BALFOUR, *Abraço mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002. El análisis comparado de la guerra civil española con otras experiencias de lucha fratricida en Finlandia, Rusia, Irlanda o Grecia ha sido abordado por Julián CASANOVA, “Civil Wars, Revolutions and Counterrevolutions in Finland, Spain and Greece (1918-1949): A Comparative analysis”, *International Journal of Politics, Culture and Society*, vol. XIII, n° 3, 2000, pp. 515-537 (ed. castellana en J. CASANOVA [comp.], *Guerras civiles en el siglo XX*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 2001, pp. 1-28, y francesa en *Le XXe siècle des guerres*, pp. 59-70). Su última incursión en el tema: “Europa en guerra: 1914-1945”, *Ayer*, n° 55, 2004 (3), pp. 107-126. La integración del movimiento guerrillero español en el contexto de los movimientos

1. La forja de subculturas políticas de tradición bélica en España

Las experiencias acumuladas en la España del siglo XX por las secuelas de los tres grandes conflictos armados a los que hemos aludido (el conflicto colonial en Marruecos, la guerra civil y la prolongación de la misma en forma de intervención armada en Rusia y de guerrilla en España) generaron o enriquecieron la “cultura de guerra” del país, entendida como el “corpus de representaciones del conflicto cristalizado en un verdadero sistema que da a la guerra su significación profunda”³. Si bien resulta evidente que el punto de inflexión de este persistente imaginario bélico fue el conflicto de 1936-39, tampoco cabe duda de que la cultura de guerra —en nuestro caso, predominantemente, de guerra civil— ha sido uno de los marcos definitorios de la política española a lo largo de la época contemporánea. Una cultura del conflicto fratricida perpetuamente constituyente, que ha entorpecido la implantación de una cultura cívica unívoca, pacifista y ampliamente consensuada⁴.

Parece claro que la experiencia de la guerra en el seno de una comunidad política (fenómeno que algunas historiografías están abordando con fruto desde perspectivas socioculturales) es un hecho de larga duración, que no surge ni se agota con el conflicto bélico en sí mismo. También es preciso señalar que la “cultura de guerra” no ejerce un influjo uniforme sobre una comunidad política, sino que impregna a determinados sectores sociales, organizaciones e instituciones especialmente afectados o inspirados por experiencias militares previas. Este fue el caso de un movimiento político tan longevo como el carlismo, cuya trayectoria histórica está íntimamente vinculada a una cultura del conflicto basada en el empleo constante de imaginarios violentos, de formas organizativas de inspiración castrense y de repertorios de acción basados en el recurso a la lucha armada⁵. Pero la “cultura combatiente” también afectó a formaciones políticas surgidas de la crisis de entreguerras como el nacionalismo independentista catalán, influido de forma decisiva por las diversas lecturas del militarismo y el militantismo de la época⁶, y tres décadas

exitosos de resistencia antifascista del Sur de Europa, en Mercedes YUSTA RODRIGO, *Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia contra el franquismo en Aragón (1939-1952)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, pp. 25-43.

3. Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Annette BECKER, *14-18, retrouver la Guerre*, Paris, Gallimard, 2000, p. 145.

4. Una visión del “guerracivilismo” español en contraposición a la cultura cívica estudiada por Almond y Verba, en Enric UCELAY DA CAL, “Tristes tópicos: supervivencia discursiva en la continuidad de una ‘cultura de guerra civil’ en España”, *Ayer*, n° 55, 2004 (3), pp. 83-105.

5. La “cultura de guerra” del carlismo está en la actualidad razonablemente bien estudiada en los trabajos de Jordi CANAL, “Republicanos y carlistas contra el Estado. Violencia política en la España finisecular”, en Julio ARÓSTEGUI (ed.), *Violencia y política en España*, dossier de la revista *Ayer*, n° 13, 1994, pp. 57-84 y “La violencia carlista tras el tiempo de las carlistadas: nuevas formas para un viejo movimiento”, en Santos JULIÁ (ed.), *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, 2000, págs. 42-47. Ver también Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, “La violencia y la política”, en J. ARÓSTEGUI, J. CANAL y E. GONZÁLEZ CALLEJA, *El carlismo y las guerras carlistas. Hechos, hombres e ideas*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2003, pp. 199-215 y “Aproximación a las subculturas violentas de las derechas antirrepublicanas españolas (1931-1936)”, *Pasado y Memoria*, n° 2, 2003, pp. 113-117. Un excepcional trabajo sobre la “cultura de guerra” del carlismo, ubicada en el debate sobre el cambio de prácticas culturales en el tránsito hacia la modernidad, y ejemplificada en la lucha de la provincia contra la capital como trasunto de la denostada cultura política democrática, es el de Javier UGARTE TELLERÍA, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, 1998, donde se destaca (pág. 422-423) el carácter capilar, improvisado y festivo de la movilización insurgente del 18 de julio en Navarra, en contraste con las pautas rígidas de encuadramiento para la acción propias de las modernas organizaciones de masas.

6. El mejor estudio sobre la materia es, sin duda, la tesis doctoral de Enric UCELAY DA CAL, *Estat Català: The strategies of separation and revolution of catalan radical nationalism (1919-1933)*, Columbia University, Ann Arbor (Mi.)-Londres, University Microfilms International, 1979, 2 vols. Sobre las aportaciones combativas del garibaldismo, del republicanismo irlandés y de los “excombatentismos” checo, polaco o italiano sobre el movimiento macianista, ver también Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Madrid, CSIC, 1999, pp. 344-408. Un estudio antropológico sobre el papel de la violencia en el proceso de construcción identitaria de la catalanidad, en

más tarde arraigó en el sector más radical del *abertzalismo* vasco, nutrido de imaginarios guerreros que iban del carlismo montaraz hasta los movimientos tercermundistas de liberación nacional⁷. Pero, con todo, resulta natural que el Ejército sea la institución más aferrada a una “cultura de guerra” que es parte constitutiva de su *ethos* profesional. La cultura corporativa de los militares ha sido bien estudiada en términos generales, del mismo modo que la aspiración de transmitir esos valores a la vida política y al conjunto de la sociedad bajo los conceptos teóricos de pretorianismo (aplicado a la realidad histórica española entre otros por Payne y Boyd) y militarismo (propuesto para el caso concreto de la impregnación castrense de los mecanismos de orden público por Ballbé y Lleixà). Sin embargo, la impregnación cultural de experiencias bélicas anteriores (como la cubana o norteafricana) o la asimilación de modelos combatientes foráneos (como los representados por los ejércitos coloniales francés o británico) son asuntos de indudable interés que están aún por estudiar en toda su amplitud⁸.

Si tratamos de comprender cómo los hombres y mujeres inmersos en un proceso bélico confirieron sentido al mundo que vivieron, resulta inevitable el planteamiento de dos cuestiones importantes: las transferencias de las experiencias y representaciones de un conflicto a otro y la memoria de las guerras. En el primer aspecto, no es necesario destacar la importancia de estudiar comportamientos colectivos como el duelo o el pacifismo, pero también de percibir cómo la experiencia de guerra (en tanto que violencia política de intensidad máxima) pervive más allá del conflicto e impregna a las sociedades de un poso de violencia que, al rebasar los límites de lo aceptable, se convierte en brutalidad.

2. Las facetas y los límites de la “brutalización”: definición y crítica del concepto

Dentro del “giro cultural” que, como otros muchos aspectos de los social, afecta a los estudios sobre la guerra, la violencia ya no se contempla a la luz de la conocida tesis de Clausewitz, sino que, al tiempo que se minimizan los aspectos políticos o técnicos, se trata de estudiar la forma en que los individuos, grupos o comunidades nacionales han atravesado, provocado o sufrido situaciones de violencia extrema, que intervienen ciertamente en una situación de confrontación armada de gran intensidad, pero que no resumen todas las violencias de masa del siglo XX, ni definen por ellas mismas la naturaleza de la guerra⁹. Ésta ya no se analiza en si misma como una forma extrema y única de violencia, sino que se estudian las diferentes modalidades de violencia que engendra una situación de guerra (*violentia ad bellum*). En ese sentido, junto con las reacciones psicológicas de los combatientes, que liberan las pulsiones reprimidas por la cultura civil ante la

Manuel DELGADO, “El ‘seny’ y la ‘rauxa’. El lugar de la violencia en la construcción de la catalanidad”, *Antropología. Revista de Pensamiento Antropológico y Estudios Etnográficos*, n° 6, 1993, pp. 97-130. Una visión global y reciente del problema, en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, “Bon cop de falç!. Mitos e imaginarios bélicos en la cultura del catalanismo”, *Historia y Política*, n° 14, 2005/2, pp. 119-163.

7. Juan ARANZADI, “Violencia etarra y etnicidad”, en ARÓSTEGUI (ed.), *Violencia y política en España*, pp. 189-20 y Antonio ELORZA (coord.), *La Historia de ETA*, Madrid, Temas de Hoy, 2000. Un modelo bélico foráneo que tuvo una influencia recurrente en los nacionalismos periféricos españoles fue el irlandés, tratado por Xosé Manoel NUÑEZ SEIXAS, “El mito de Irlanda. La influencia del nacionalismo irlandés en los nacionalismos gallego y vasco (1880-1936)”, *Historia 16*, n° 199, noviembre 1992, pp. 32-44.

8. Por ejemplo, la impregnación autoritaria del movimiento de las Juntas de Defensa fundado en Barcelona parece estar relacionado con las experiencias de los capitanes generales de Cuba, que actuaban con plenos poderes y al margen del control del Gobierno central (Enric UCELAY DA CAL, “La repressió de la Dictadura de Primo de Rivera”, en *Iles. Jornades de debat El poder de l'Estat: evolució, força o raó*, Reus, Edicions del Centre de Lectura, 1993, p. 177). Por otro lado, es conocido que el *ethos* combativo de la Legión Española se obtuvo fusionando la disciplina estricta de la *Légion Étrangère* francesa con la mística kipliniana del “soldado del Imperio”, los códigos de honor del *bushido* japonés y el ritual castrense basado en la liturgia cristiana tardomedieval (Luis E. TOGORES, *Millán Astray, legionario*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003, pp. 161-188). El contrapunto del salvajismo de la Legión en la campaña del Rif, en Sebastian BALFOUR, *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002, pp. 393-398.

9. Annette BECKER y Henry ROUSSO, “D’une guerre à l’autre”, en *La violence de guerre, 1914-1945*, p. 21.

violencia corporal y espiritual del campo de batalla (la legitimación de la muerte, la desculpabilización o la legítima defensa), se abordan estudios sobre la contracultura forjada por estos soldados, como la diabolización del enemigo interior o la deshumanización del adversario en función de la movilización total, que concebía la población civil enemiga como parte del esfuerzo de guerra que había que destruir¹⁰. Pero esta violencia de guerra también atañe a la población civil que es agredida (torturas, violaciones, deportaciones, reconcentración, represalias, masacres, atrocidades, etc.) con fines económicos, políticos o de reorganización bajo criterios sociales o raciales y que responde mediante un variado elenco de actitudes resistenciales. Por último, además de la violencia anticipada a través de la construcción de imágenes del enemigo y de la violencia sufrida o infligida en el cuerpo y el espíritu, también debe tenerse en cuenta la violencia evocada a través del léxico, o recordada a través del duelo y la gestión de la memoria.

El concepto de “brutalización” de los combatientes y de las sociedades de posguerra sigue siendo uno de los hallazgos heurísticos que más fortuna ha logrado entre los historiadores dedicados al estudio de la conflictividad política en el período de entreguerras. Como es bien sabido, el término fue acuñado por el historiador norteamericano de origen alemán George Lachmann Mosse en un brillante ensayo cuyo fin último era determinar el lazo entre la experiencia de guerra y la emergencia del nazismo¹¹. El término “brutalización” designa el contagio en las sociedades de los países beligerantes en tiempo de paz de las prácticas de violencia desplegadas en el campo de batalla durante la Primera Guerra Mundial. La “brutalización” de la guerra aparecería vinculada a su totalización y a la parálisis de los gobiernos parlamentarios frente a un proceso de violencia creciente y cada vez más autónomo, hasta llegar a la brutalidad extrema del Holocausto¹². Pero la aceptación de la violencia extrema también tuvo que ver con un tratamiento peculiar de la cultura de la muerte. La confrontación directa con la muerte en masa fue, sin duda, la experiencia fundamental vivida por los combatientes de la Gran Guerra¹³. La sociedad de posguerra trató de “domesticar” esa vivencia traumática a través de su “naturalización”, exaltando y santificando a los “caídos” mediante prácticas de duelo, situando los cementerios en medio de la naturaleza o haciendo cotidiana la memoria del sacrificio a través de la producción industrial de objetos de consumo masivo. Asociando este consentimiento de la violencia y de la muerte a través de la costumbre con los “juegos” de la memoria nutrida por la experiencia del combate, algunos historiadores plantean la hipótesis de la formación de una “cultura de guerra” propia de los dos conflictos mundiales¹⁴. En su opinión, la banalización (*trivialization*) del hecho bélico, que a través de diversas estrategias “naturalizadoras” dio lugar a una indiferencia creciente ante la muerte en

10. Sobre la caracterización del enemigo interno, ver especialmente Angelo VENTRONE, *Il nemico interno. Immagini e simboli della lotta politica nell'Italia del '900*, Roma, Donzelli editore, 2005.

11. George L. MOSSE, *De la Grande Guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes*, París, Hachette, 1999 (1ª ed.: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Londres, Oxford U.P., 1990). Una útil semblanza intelectual de Mosse, en Stéphane AUDOIN-ROUZEAU, “George Mosse”, en Véronique SALES (coord.), *Les historiens*, París, Armand Colin, 2003, pp. 210-226.

12. Michael GEYER, “Comment les Allemands ont-ils appris à faire la guerre?”, en *Le XXe siècle des guerres*, p. 101. Sobre la extensión de responsabilidades genocidas a la totalidad del pueblo alemán, ver la polémica obra de Daniel J. GOLDHAGEN, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York, Knopf, 1996 (ed. castellana en Madrid, Taurus, 1997). La “controversia Goldhagen” rebasa los con creces acontecimientos del Holocausto, para extender el debate a los fundamentos de una cultura que, como la alemana, termina por engendrar un genocidio. Dos visiones españolas de la polémica, en Antonio FERNÁNDEZ GARCÍA, “La controversia sobre los alemanes corrientes y el holocausto”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n° 20, 1998, pp. 261-271 y Javier MORENO LUZÓN, “El ‘debate Goldhagen’: Los historiadores, el Holocausto y la identidad nacional Alemana”, *Historia y política*, n° 1, abril 1999, pp. 135-159. Ver también la publicación de la polémica suscitada por su gira alemana en *La controversia Goldhagen. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Valencia, Eds. Alfons el Magnànim, 1997.

13. Una perspectiva de análisis muy novedosa y sugerente sobre el tratamiento de los cuerpos de los muertos en el campo de batalla, en Giovanni DE LUNA, *Il corpo del nemico ucciso. Violenza e morte nella guerra contemporanea*, Turín, Einaudi, 2006.

14. Jean-François MURACCIOLE, “La guerre totale”, en Frédéric ROUSSEAU (dir.), *Guerres, paix et sociétés, 1911-1946*, París, Atlande, 2004, p. 322.

masa, se trasladó a la acción genocida durante la Segunda Guerra Mundial y habría hecho posible el exterminio de los judíos¹⁵.

La fuerza y el atractivo del análisis de Mosse sobre la “brutalización” radican en el lazo directo que establece entre la experiencia de guerra de los soldados, su impacto cultural sobre la sociedad civil, y sus consecuencias en la sociedad política. La costumbre de la violencia y la obediencia militar, las transgresiones masivas y repetidas de valores considerados hasta entonces fundamentales, la nostalgia de la camaradería de las trincheras y la idealización del poder de nivelación social de la guerra total fueron factores que permiten entender la fascinación que suscitaron movimientos políticos que, como el fascista, brotaron directamente de la experiencia del campo de batalla. La violencia de la Gran Guerra habría impregnado de forma duradera la vida pública, de suerte que el siglo XX habría sido una especie de nuevo “siglo de hierro” que vio florecer los totalitarismos sobre el terreno de la “cultura de guerra” que se fue diseñando entre 1914 y 1918. Sin embargo, los trabajos pioneros de Antoine Prost sobre el movimiento excombatiente han mostrado que esta hipótesis no resulta aplicable a la Francia de 1919-1939, y en el caso alemán también se expresan serias dudas al respecto¹⁶. Según Prost, en Alemania la “brutalización” de la política no partió de la experiencia de la guerra o del choque revolucionario de la inmediata posguerra, sino que tenía raíces más profundas en una cultura política que afirmaba la legitimidad de la fuerza según la *Realpolitik* bismarckiana, y que acabó por asumir mayoritariamente la convicción, teorizada por Carl Schmitt, de que la fuerza creaba derecho¹⁷. En Francia, por el contrario, la misma experiencia, pasada por el tamiz de la cultura política republicana, desembocó en el pacifismo y la reconciliación cívica¹⁸. En sus más recientes trabajos, Christophe Charle demuestra que el imaginario pacífico de posguerra no disipó completamente la “cultura de guerra”, pero dio lugar a una contracultura pacifista que acompañó a las representaciones del conflicto a través de los rituales y ceremonias conmemorativas. Aunque la proliferación de movimientos paramilitares en Alemania parece avalar la hipótesis de la existencia de una cultura de guerra dominante, para Charle la explicación de la violencia en la República de Weimar no se puede reducir a la prolongación de los anteriores comportamientos castrenses, ya que la mayor parte de los activistas de las formaciones paramilitares de los años veinte y treinta no había estado sometida

15. Ver, por ejemplo, el trabajo de Omer BARTOV, *Hitler's Army. Soldiers, nazis and War in the Third Reich*, Oxford, Oxford U.P., 1990 (ed. francesa en París, Hachette, 1999). Este autor recupera en su análisis de la despiadada lucha en frente del Este el concepto de “brutalización” vinculado a la “desmodernización” de la estructura militar alemana, y opuesto a la “civilización de costumbres” de Norbert Elias, con su tesis de “desrealización de la violencia” a través del *self-control*. Bartov rastrea los orígenes de la violencia genocida nazi en la construcción de una “cultura de tropa” y una memoria de guerra patriótica que dio sentido a la guerra glorificando la experiencia del frente, pero Christophe Charle y otros historiadores niegan que la violencia callejera en Alemania fuera la continuación de la violencia de guerra. Sobre la polémica generada por la obra de Bartov, ver 14-18, *retrouver la Guerre*, pp. 54-61.

16. A pesar de las violencias paramilitares de los grupos ultranacionalistas (el *Stahlhelm*, que contaba con 100.000 miembros en 1924, alcanzó los 400.000 en 1932) y las conmociones revolucionarias de inicio de los años veinte, el historiador británico Richard BESSEL, *Germany after the First World War*, Oxford, Clarendon Press, 1993, p. 258, pone en duda la tesis de Mosse cuando señala que de los 11 millones de alemanes movilizados a lo largo de la Gran Guerra, los *Freikorps* sólo reunieron 400.000 combatientes como máximo. Christophe CHARLE, “Les sociétés impériales et la mémoire de la guerre: France, Allemagne et Grande-Bretagne”, en *Le XXe siècle des guerres*, p. 311 muestra que la memoria de las masacres de 1914-18 también generó en Alemania un rechazo visceral de cualquier actitud belicista, como lo demuestra el pacifismo del *Reichsbund des Kriegsbeschädigten, Kriegsteilnehmer und Kriegshinterbliebenen* afín al SPD, que contaba con no menos de 830.000 adheridos en 1922.

17. Para el equipo del *Centre de Recherche de l'Historial de la Grande Guerre de Péronne*, la primera Guerra Mundial fue engendrada en su violencia radical por la propia cultura de guerra preexistente, no al revés. Ver Stéphane AUDOIN-ROUZEAU, Annette BECKER, Jean-Jacques BECKER y Gerd KRUMEICH, “Épilogue” de *La Très Grande Guerre 14-18*, número especial de *Le Monde*, 1998, p. 39.

18. Antoine PROST, “The impact of war on French and German political cultures”, *The Historical Journal*, vol. XXXVII, n° 1, 1994, pp. 209-217 y “Brutalisation des sociétés et brutalisation des combattants”, en *Les sociétés en guerre, 1911-1946*, p. 106-107. Por su parte, Robert FRANK, “Introduction” a la Cuarta Parte (“Après-guerre et cultures de paix”) de *Le XXe siècle des guerres*, p. 297 se cuestiona si la guerra no engendró más bien una “cultura de paz” que hizo contrapeso a la presunta brutalización de las relaciones sociales.

a la “brutalización” de la guerra, sino que es preciso hacer intervenir elementos de tipo generacional (la comunicación de la mística combatiente de los veteranos a los más jóvenes que ya señaló Mosse¹⁹) y modelos políticos exteriores, como el insurreccionalismo bolchevique o el *squadrismo* italiano²⁰.

En todo caso, es preciso constatar las fuertes discontinuidades nacionales en los tránsitos culturales de la guerra a la paz. Aunque Mosse nunca aplicó de manera explícita la noción de “cultura de guerra” en sus trabajos, su aportación previa fue muy importante, ya que se mostró menos interesado por la historia de las ideas que por la de las representaciones, actitudes, prácticas y sensibilidades de la gente, que son objeto preferente de esa nueva historia cultural de los conflictos que se está diseñando. El propósito de la hipótesis de la “brutalización” es indagar en las formas en que la guerra afectó a las normas colectivas durante y tras la conflagración, reduciendo el umbral del recurso a la violencia en la vida social, en la política interior y en los asuntos internacionales. En ese sentido, no cabe duda que, en muchos países, la Gran Guerra hizo de la violencia la *prima ratio* antes que la *ultima ratio* de la política²¹. Pero si la experiencia “brutalizadora” matriz fue el primer conflicto mundial, ¿cuál pudo ser en su incidencia real en España?

3. La “experiencia” bélica en el período de entreguerras: la paramilitarización y el fenómeno excombatiente

No cabe duda de que las rudas experiencias de la Primera Guerra Mundial actuaron como generadoras de nuevas y unitarias formas culturales. La guerra fue, en efecto, un gran factor homogeneizador de la protesta de masas en Europa, pues redujo las diferencias en el nivel de actividad política entre los diversos países, y la movilización del campo fue entrando en sintonía con la de la ciudad, cobrando en muchos casos autonomía respecto de los obstáculos interpuestos por el poder establecido. Como señaló Mosse, los años de entreguerras contemplaron una abrumadora brutalización de la vida política, que se manifestó en la adopción de nuevos arquetipos violentos caracterizados por la primacía de los valores militares que se habían forjado en la experiencia vital de las trincheras, y por el triunfo bolchevique en Rusia, que produjo en toda Europa un inesperado resurgimiento de la vía revolucionaria hacia el socialismo²². La falsa desmovilización e incorporación a la vida civil tras la guerra, la aparición del complejo mundo de los *Heimatwehren*, guardias cívicas y blancas, *Freikorps*, legionarios del Fiume, voluntarios luchando contra la revolución rusa en el Este etc., permitió a la generación de la guerra, y a la juventud que no había participado en la misma, perpetuar una vida heroica, llena de violencia y romanticismo, lejos de la rutina del trabajo en la sociedad civil, a la cual muchos nunca retornaron²³. Fue entonces cuando apareció un combatiente de nuevo tipo: el “soldado revolucionario”, que en una situación de crisis política aspiraba al monopolio de los actos de guerra, violencia e insurrección de acuerdo con una ideología de la liberación personal, nacional o de clase, y cuyo anticorporativismo y antiprofesionalismo entraba frecuentemente en conflicto con el

19. Según Detlev J. K. PEUKERT, *Jugend zwischen Krieg und Krise. Lebenswelten von Arbeiterjungen in der Weimarer Republik*, Colonia, Bund Verlag, 1987, los *Freikorps*, los grupos paramilitares nacionalistas y luego los nazis recibieron impulso, no de los excombatientes, sino de los jóvenes de las generaciones de 1904-1910, escolarizados durante la guerra y sometidos de 1916 a 1918 a la propaganda patriótica intensiva de la dictadura militar de Ludendorff-Hindenburg. Estos jóvenes, muy a menudo huérfanos de guerra, forjaron una identidad y una función comunes en el militarismo y la violencia política sistemática, liberadora de sus frustraciones. Lo cierto es que los que toman decisiones tienden a realzar excesivamente las lecciones de su propia experiencia y a infrautilizar los aprendizajes ajenos.

20. Christophe CHARLE, “Les sociétés impériales et la mémoire de la guerre: France, Allemagne et Grande-Bretagne”, en *Le XXe siècle des guerres*, pp. 307 y 312-313. Ver también su importante libro *La crise des sociétés impériales. Allemagne, France, Grande Bretagne, 1900-1940. Essai d'Histoire sociale comparée*, París, Seuil, 2001, p. 299.

21. Antoine PROST y Jay WINTER, *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, París, Seuil, 2004, p. 248.

22. MOSSE, *La guerre mondiale, passim*. Sobre la construcción de ese “hombre nuevo” forjado en la guerra total, ver también Enzo TRAVERSO, *La violenza nazista*, Bolonia, Il Mulino, 2002, pp. 112-118.

23. Juan J. LINZ, “Some Notes Toward a Comparative Study of Fascism in Sociological Historical Perspective”, en Walter LAQUEUR (ed.), *Fascism. A Reader's Guide. Analyses, Interpretations, Bibliography*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1978, pp. 34-37.

ejército regular²⁴. Este tipo de “soldados revolucionarios” de carácter voluntario utilizaban la organización militar o paramilitar como vehículo idóneo para la conquista del poder político.

Aunque el “vanguardismo” bolchevique contribuyó grandemente a este ambiente general de brutalización, el fascismo fue la manifestación más acabada de esa nueva cultura de la fuerza, no porque apreciara de forma racional la importancia estratégica de la violencia —como sí hacía la doctrina leninista—, sino por su culto místico de la fuerza en sí misma²⁵. Con su sentido de la aventura y el heroísmo, y su creencia en la acción más que en las palabras, el fascismo era un llamamiento emocional de tipo viril que atrajo sobre todo a la juventud. Adrian Lyttelton ha señalado que el origen de muchas *squadre d'azione* se encontraba en una relación informal y laxa entre grupos de adolescentes, algo parecido a una pandilla juvenil. Los lazos primarios de afinidad o amistad eran vitales para crear una sensación de camaradería entre los *squadristi*. La existencia de esta “solidaridad de pequeño grupo” servía para proteger al fascismo de la sensación de impotencia y aburrimiento propios de las grandes organizaciones políticas burocráticas. Parecía acercar al joven al logro de su integración e independencia, y al tiempo, le ofrecía una salida a la agresividad²⁶.

La aspiración a edificar una comunidad disciplinada fue expresada simbólicamente con el empleo de las camisetas de partido como modo de rechazar el traje burgués y la vida cotidiana. El uniforme era también la conexión con la reciente experiencia militar, y ofrecía a los más jóvenes una experiencia indirecta de tipo castrense que no habían podido disfrutar durante la Gran Guerra. Este nuevo estilo de activismo político, las marchas, reuniones, canciones, entierros de camaradas muertos, saludos, gritos rituales, etc. representaban algo completamente nuevo respecto de anteriores activismos políticos, basados en las elecciones, los clubes, los banquetes formales de notables o los métodos parlamentarios. Este nuevo estilo de hacer política permitía una mayor proximidad personal, rebasar las barreras entre *status*, romper con las convenciones burguesas o aristocráticas, y compartir una experiencia aventurera y en ocasiones peligrosa. El fascismo en sus acciones satisfacía tanto el deseo del hecho heroico del individualismo romántico como el afán de sumergirse en una empresa colectiva, para una juventud de clase media que había sido socializada en una cultura basada en convencionalismos y cuyos mentores propugnaban fines de éxito personal y privado. A ello se unían motivaciones más bajas vinculadas a impulsos de grupos de adolescentes, como la agresión, la brutalidad y el sadismo, legitimados y canalizados por las expediciones punitivas en contra de los grupos rivales. El fascismo apelaba a un confuso sentido de hombría, con su nuevo estilo franco, espontáneo y sin educación, acostumbrado al uso público del insulto y el ridículo, y portador de pretendidos valores de honestidad, sinceridad y ruptura con la hipocresía y el convencionalismo burgueses. La pasión era una alternativa a la razón; la prontitud al combate, un sustituto de los argumentos sofistas.

a) El protagonismo de la juventud en la brutalización de la vida política

Mosse utilizó el concepto de “mito de la experiencia de guerra” para referirse a la conversión simbólica que se operó entre los jóvenes de la “generación de 1914” desde las vivencias del combate a una subcultura viril centrada en la exaltación de la fuerza, el culto sacrificial a los muertos y la movilización bélico-patriótica, valores que tuvieron enorme incidencia en ese nacionalismo trasmutado en religión cívica que dominó buena parte de la política europea de

24. Amos PERLMUTTER, *Lo militar y lo político en el mundo moderno*, Madrid, Eds. Ejército, 1982, pp. 286-292.

25. Barrington MOORE Jr., 1976, p. 362. Con todo, según *Curzio MALAPARTE* (seud. de Eric Curt SUCKERT), *Técnica de golpe de Estado: Bonaparte, Lenin, Trotsky, Mussolini, Hitler, Kapp, Pilsudski, Primo de Rivera*, Madrid, Eds. Ulises, 1931, pp. 223-225, la táctica insurreccional de Mussolini se inspiraba en el cálculo marxista: anulación de los sindicatos, prevención de la huelga general, ruptura del frente único entre gobierno, parlamento y proletariado, y control paulatino de los centros nerviosos del país por la organización política, militar y sindical fascista.

26. Adrian LYTTTELTON, *La conquista del potere. Il fascismo dal 1919 al 1929*, Bari, Laterza, 1982, pp. 83-92 y “Causas y características de la violencia fascista”, *Estudios Historia Social* (Madrid), n° 42-43, julio-diciembre, pp. 81-95, 1987, pp. 87-93. Ver también Mimmo FRANZINELLI, *Squadristi. Protagonisti e tecniche della violenza fascista, 1919-1922*, Milán, Oscar Mondadori, 2004.

entreguerras²⁷. La influencia en España de estas tesis de Mosse sobre la plasmación de la “experiencia de guerra” a través de la “brutalización” ha resultado bastante tardía, y no siempre concordante²⁸. Resulta muy dificultoso establecer la vinculación entre el eco producido por la Primera Guerra Mundial en España, las diversas modalidades de violencia política que sufrió el país en el período de entreguerras y la “brutalización” intensiva de las relaciones políticas y sociales que se dio durante la Guerra Civil²⁹. Aunque hay razones para sospechar que algunas formas de conflicto violento tuvieron una relación ocasional con las culturas de la confrontación surgidas de la guerra europea (como fue el caso de las vinculaciones del pistolero sociolaboral barcelonés con las redes de espionaje y contraespionaje de las potencias combatientes, el influjo del insurreccionalismo bolchevique sobre el movimiento obrero radicalizado o las ya mencionadas concomitancias del catalanismo radical con algunos movimientos armados de liberación nacional), la mayor parte de los conflictos violentos que se desarrollaron en España durante la crisis de la Restauración tuvieron causas y desarrollos autóctonos, vinculados con una amplia agenda de problemas (referidos a la naturaleza y función uniformizadora del Estado, a la identidad nacional o a la capacidad integradora y gestora del régimen político³⁰) que el régimen de monárquico no supo o no pudo resolver. Aunque en algunos lugares de España, como Cataluña, las relaciones laborales adquirieron una impronta extremadamente violenta que se manifestó en el fenómeno pistolero, la “brutalización” generalizada no se instaló en la vida política inmediatamente después de la Gran Guerra porque España no había participado directamente de la experiencia bélica y porque el ciclo de protesta sociopolítica llegó demasiado pronto a su punto culminante (1917-18), para quedar abortado de forma casi inmediata con la “pacificación” impuesta por la Dictadura de Primo de Rivera. Sin embargo, la implantación por la fuerza de un régimen autoritario a partir de 1923 y la progresiva merma de legitimidad de la Monarquía condujeron a la actualización de la violencia como modo de disidencia en un amplio espectro de la política que iba de los monárquicos liberales al anarcosindicalismo.

La República proclamada en abril de 1931 contempló la reactivación de las líneas subversivas más relevantes que habían surgido durante la crisis de la Restauración, pero que no habían podido culminar su ciclo total de desenvolvimiento por el abrupto cambio de régimen. La banalización de la violencia en los medios de comunicación (repleto de referencias a enfrentamientos y víctimas), su “popularización” en el debate público y su generalizada justificación como táctica de acción partidista, en el mismo (o incluso superior) rango que la lucha parlamentaria, coadyuvaron a provocar ese peculiar estado de crispación que caracterizó la vida política republicana. A ello contribuía la debilidad del pacifismo en España (salvo contadas manifestaciones políticas y culturales en torno a la guerra de África), que, a diferencia de otras naciones europeas salidas del gran trauma bélico de 1914-18, no fue capaz de actuar como dique cultural frente a la expansión de la violencia política.

El alto nivel de movilización política que caracterizó a la República propició un resurgimiento de la cultura de la confrontación entre un sector muy importante de la población, especialmente la más joven. La radicalización, vinculada en ocasiones con la oposición al pluralismo y con una cierta predisposición a la polarización ideológica y al activismo violento, fue la característica más destacada de la acción política de los españoles de menor edad. Las razones de esta opción generacional por el extremismo en la juventud son complejas, y tienen que ver con la revalorización del universo contestatario que resultó habitual en la Europa de posguerra, pero también con el éxito político de la movilización estudiantil en contra de la Dictadura y con las trabas impuestas al natural deseo de emancipación económica de los jóvenes respecto del entorno

27. George L. MOSSE, *Le guerre mondiale. Dalla tragedia al mito dei caduti*, Bari, Laterza, 2002, pp. 59-77 (ed. italiana de *Fallen Soldiers*).

28. Hasta donde alcanza nuestra información, Las primeras alusiones concretas, aunque no siempre exactas ni procedentes, se hicieron en la obra colectiva coordinada por Santos JULIÁ, *La violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000.

29. “La brutalisation”, en Philippe CHASSAIGNE (dir.), *Les sociétés, la guerre et la paix, 1911-1946*, París, CNED-SEDES, 2003, p. 121.

30. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1874-1917)*, Madrid, CSIC, 1998, p. 541.

familiar. Esta aspiración, que había resultado factible en la bonanza material de la segunda mitad de los años veinte, quedó bruscamente limitada por la incertidumbre de la crisis económica que se cernió sobre España a partir de 1931-32, reduciendo las posibilidades de promoción escolar y profesional de los jóvenes de clase media y baja. Esto explica en parte su resentimiento en contra del sistema, que fue recogido por las posturas más extremistas, sobre todo el fascismo y el comunismo. Como recién llegadas al proceso político, estas formaciones radicales confundieron frecuentemente su organización y sus propias aspiraciones con las de la juventud que decían representar. La politización de la juventud, con todo su correlato de conflicto generacional latente o patente, produjo indudables efectos radicalizadores, que fueron instrumentalizados por los diversos líderes partidistas como medio de presión política. En el ambiente de pesimismo generado por la crisis, la militancia era un modo de consolidar un apoyo político volátil. Este aluvión de nuevos afiliados provocó en todos los partidos y organizaciones un menor nivel de socialización política formal, un mayor peligro de fraccionamiento e indisciplina y, en consecuencia, la necesidad de reafirmar el liderazgo carismático (caso de Gil Robles, Calvo Sotelo, Primo de Rivera o Largo Caballero) y de elaborar un mensaje político más simplista y beligerante, capaz de dar satisfacción inmediata a las aspiraciones y reivindicaciones de estos jóvenes activistas ajenos a la cultura y a los métodos de la democracia pluralista. De hecho, el encuentro entre los “empresarios políticos” (*political entrepreneurs*) y esa juventud alienada por la crisis produjo breves pero llamativas explosiones de violencia. Los procesos de radicalización derivaron de una serie de elecciones estratégicas sobre la violencia política, y produjeron continuos conflictos internos que a veces culminaron en la formación de grupos armados de carácter semiterrorista.

El papel de la organización (partido político, federación o confederación de partidos, movimiento, alianza, bloque, o sindicato) resultó determinante en la formación del joven activista violento, que residía por lo general en la gran ciudad, y que en los grupos de izquierda podía haber logrado de forma temprana una cierta independencia económica, mientras que en los de derecha solía mantenerse bajo la tutela paterna. Un joven que despertaba en ese momento a la pasión política y adoptaba unos criterios políticos más radicales que le enfrentaban o distanciaban netamente del tradicional entorno familiar. La casa del pueblo, el círculo, la sede, el casino, el radio o el sindicato pasaban a ser su segundo hogar, y los líderes políticos, sus verdaderos “guías espirituales” y modelos de comportamiento. El intenso activismo político se confundía crecientemente con su vida privada, al tiempo que el ocio (excursiones, deportes, lecturas, reuniones, campañas, etc.) era administrado casi totalmente (o totalitariamente) por la organización hasta que el joven militante (o miliciano) consideraba la doctrina política no sólo como un proyecto de transformación objetiva de la sociedad, sino como un verdadero credo de valores personales por el que merecía la pena morir o matar. El ambiente de cerrada camaradería que impregnaba estas organizaciones juveniles favorecía esta actitud fanática, al igual que la jefatura y la disciplina se imponían sobre la propia y simple doctrina de partido. De suerte que entre este universo activista creció la íntima convicción de que se era más perfecto militante cuanto más obediente y disciplinado, siempre y cuando se siguieran escrupulosamente las directrices de la organización y se archivase todo espíritu crítico bajo los dictados irrevocables de la jerarquía y el liderazgo carismático. Un aumento del dogmatismo produce un aumento correlativo de la creencia en la infalibilidad de una élite glorificada e idealizada, y fortalece la creencia en causas únicas, negándose a admitir otras causas. La obediencia al jefe inmediato propia del comunismo más ortodoxo, la beatificación del activista perseguido y del preso social en los medios anarquistas, la camaradería militar falangista, el culto a los “mártires de la tradición” en el carlismo o la tajante afirmación japista de que “el Jefe no se equivoca nunca” son muestras variadas de este especial clima en que vivía el joven afiliado, donde la “falsa conciencia” ideológica había impregnado de tal manera y de forma tan especial sus actitudes vitales más íntimas que puede hablarse sin incurrir en error de una verdadera subcultura del activismo político juvenil.

En la mayor parte de los casos, el encuadramiento militante de la juventud en formaciones políticas distó mucho de ser espontáneo, aunque la politización de los jóvenes y de los niños resultaba mucho más precoz e intensa en partidos de masas como el carlismo o el socialismo, que desde inicios de siglo contaban con una amplia experiencia en la organización política de los menores de edad, que en los nuevos partidos que surgieron durante la República. Sus ámbitos de básicos de reunión (las casas del pueblo del PSOE y los círculos tradicionalistas) desempeñaron una tarea de socialización complementaria de la desarrollada en los ámbitos familiar o escolar, y no

contradictoria con los mismos, como pudo suceder en partidos extremistas de nuevo cuño como Falange o el Partido Comunista, cuya militancia, predominantemente juvenil, tenía connotaciones más agudas de protesta generacional, aunque los contenciosos paternofiliales afectaron a la práctica totalidad de las formaciones políticas. Los grandes partidos de masas mantuvieron una relación a menudo equívoca y conflictiva con sus organizaciones juveniles, ya que buscaron alentar el activismo de los jóvenes sin verse obligados a otorgarles una real participación en la toma de decisiones políticas. La acción juvenil y la dinámica partidista resultaron, sin embargo, fenómenos inseparables, dictados por la mutua conveniencia. El apoyo o justificación de las acciones violentas, al proclamar repetidamente la identificación entre juventud y partido, fue muy clara en las instancias rectoras del PSOE, Falange, CEDA, Partido Comunista, etc., y conllevó que el electorado interpretase ciertos excesos verbales como concesiones lógicas y naturales al idealismo maximalista de una juventud que, al fin y al cabo, arrostraba los sinsabores de la acción política cotidiana.

Teniendo en cuenta que la mayoría de edad electoral quedó establecida en 23 años, los jóvenes de ambos sexos hallaron en los partidos políticos un marco legal de actuación donde poder expresar sus actitudes inconformistas con mayor eficacia que en la, para muchos, inalcanzable papeleta de sufragio. Por su parte, los dirigentes de las formaciones partidistas canalizaron la vocación política de la juventud con el objetivo de obtener mayores cotas de militancia, pero temían que su radicalización les pusiera fuera de control. De ahí la creación de organizaciones específicas de ámbito juvenil e incluso infantil. Se produjo así una virtual eliminación del tránsito de la niñez a la juventud, que podríamos cifrar en torno a los 14-15 años. Este proceso de maduración anticipada por vía de la iniciación precoz en unas culturas políticas de acusado tono beligerante resultó especialmente dramática cuando algunos de estos adolescentes se transformaron en ejecutores o en víctimas de actos de violencia política en los centros universitarios y de segunda enseñanza. Fue entonces cuando el gobierno tomó conciencia cabal del problema, y emitió el 28 de agosto de 1934 un decreto prohibiendo la filiación de menores en las agrupaciones políticas.

En definitiva, la juventud se encontró durante los años treinta a la cabeza de los diversos proyectos de transformación revolucionaria o contrarrevolucionaria de la realidad política española. Los sucesos de julio de 1936 fueron esencialmente una movilización juvenil, y durante la guerra civil ambos bandos ensalzaron el espíritu de sacrificio que mostraban unos combatientes identificados con los estereotipos del idealismo, el dinamismo y la generosidad de la juventud.

b) España “en camisa”: los rasgos generales de la paramilitarización de las formaciones políticas

Una consecuencia perversa de esta movilización política de los sectores de menor edad fue la creciente transformación de los partidos en organizaciones de combate, capaces de batir al enemigo político en todos los frentes, incluido el callejero. De modo que el rasgo más sobresaliente de la violencia política organizada durante la Segunda República fue la paramilitarización. En España se dieron todos los rasgos característicos del paramilitarismo europeo de entreguerras, aunque en un tono menor y con un evidente desfase cronológico respecto de los países que más sufrieron esta peculiar forma de activismo político, como Italia o Alemania. Pero, a medida que la confrontación entre revolución y contrarrevolución se fue haciendo más intensa, se impuso una acción violenta más organizada y extensiva, que puede compendiarse de forma imperfecta en el fenómeno paramilitar. Surgió así la milicia como formación política dotada de organización, disciplina, jerarquía, instrucción y parafernalia castrenses, compuesta de forma voluntaria por ciudadanos civiles, e inspirada por doctrinas político-ideológicas específicas, bajo el control más o menos estricto de un partido u organización similar, cuya misión primaria era la eliminación física del rival ideológico. Su fin último, declarado explícitamente o no, era el asalto al poder mediante un golpe de Estado o una insurrección, o la lucha armada permanente y en sus diversas modalidades, aunque de hecho solían ser instrumentos de acción política semilegal, centrados en la protección y defensa de la organización que le daba cobijo, el ataque circunstancial a las formaciones rivales y la propaganda de un movimiento que en determinadas coyunturas no desdeñaba la lucha electoral y parlamentaria. Sus miembros se reunían por la base en grupos muy pequeños de estructura predominantemente piramidal y jerárquica, susceptibles de aglutinarse en unidades mayores, y divididos por lo común en un ejército activo y una reserva para tareas de apoyo. El grado de

compromiso de “los que siguen la lucha” aumentaba a medida que se sucedían los fracasos en la acción callejera o insurreccional y consiguientemente aumentaba la represión. Sin embargo, esto no acarrió un aumento de la preparación técnica de los grupos paramilitares durante la República. La participación de instructores militares (Castillo, Faraudo o Galán para las milicias obreras; Rada, Arredondo o Ansaldo para las falangistas; Varela, Redondo o Sanz de Lerín para las carlistas), resultó anecdótica salvo para éstos últimos, cuya intensa y tradicional militarización se complementó incluso con el adiestramiento de algunos jefes del Requeté en Italia gracias a un acuerdo secreto con Mussolini firmado por los partidos monárquicos el 31 de marzo de 1934. Las acciones “militares” protagonizadas por estos grupos armados eran minoritarias en relación con funciones como la protección de locales, mítines y dirigentes, y sobre todo las actividades de propaganda (venta de prensa, fijación de carteles y otros tipos de difusión política), siempre unidas de forma indisoluble con la propia acción violenta. Ello no quiere decir que, en ocasiones especiales, de ese grupo de jóvenes activistas no se destacara una minoría especializada en la agresión callejera, que durante la guerra nutriría los cuadros de oficiales y suboficiales milicianos y provisionales. La crónica escasez de activistas decididos a realizar misiones de ofensiva o represalia provocó la necesidad de recurrir eventualmente a pistoleros profesionales sin ideología, o a cuadrillas de matones extraídas de los grupos más marginales de la sociedad. Esta posibilidad fue utilizada sobre todo por la patronal desde la época del Sindicato Libre, por la CNT y por los grupos fascistas y pseudofascistas desde su mismo nacimiento: legionarios licenciados del Tercio fueron reclutados por Albiñana para nutrir la “partida de la porra” del PNE o por Primo de Rivera para reforzar la Primera Línea de Falange.

Aunque los primeros ejemplos de paramilitarismo se produjeron durante la Restauración (con los casos relevantes del carlismo desde inicios de siglo y del catalanismo radical desde la posguerra), la República en paz fue el período histórico donde el panorama de las milicias se mostró más completo, pero a la vez más confuso. Hoy en día disponemos de trabajos bastante pormenorizados sobre la ideología, estructura y actividades de los grupos paramilitares más importantes³¹, pero aún persisten dudas incluso sobre la fecha de creación de algunas organizaciones, forzadas inevitablemente a llevar una vida semiclandestina. Además, desconocemos casi todo de las actitudes políticas y culturales de la juventud, de las posibles conexiones del fenómeno paramilitar con la experiencia excombatiente africana, o de la pervivencia de sus rasgos subculturales básicos en la Guerra Civil y en el sistema de control social del franquismo. A diferencia de la amplia cobertura que otras historiografías europeas han dado al fenómeno excombatiente (desde los pormenores de la desmovilización hasta sus modos de sociabilidad, sus pautas culturales o sus implicaciones como grupo de presión sociopolítico), la bibliografía sobre las asociaciones de excombatientes de la Guerra Civil española sigue siendo prácticamente inexistente, y no permite siquiera una aproximación preliminar a su cultura política³².

El origen de estas formaciones paramilitares solía estar en grupos juveniles deportivos o excursionistas (caso de los *mendigoidales* del nacionalismo vasco), células conspiratorias o activistas so capa de actividades deportivas o culturales (origen de los *escamots* de Estat Català o tapadera de las

31. El autor pionero en este campo es Julio ARÓSTEGUI, “Sociedad y milicias en la Guerra Civil Española, 1936-1939. Una reflexión metodológica”, en *Estudios de Historia de España. Homenaje a Tuñón de Lara*, Madrid, UIMP, 1981, vol. II, pp. 307-325. Centrado en el período republicano, este mismo autor coordinó un dossier sobre “La militarización de la política durante de II República”, *Historia Contemporánea*, nº 11, 1994, pp. 11-179. Sobre la evolución de estos grupos y su “regularización” durante la Guerra Civil, ver Rafael CASAS DE LA VEGA, *Las milicias nacionales*, Madrid, Editora Nacional, 1977, 2 vols.; José SEMPRÚN, *Del Hacho al Pirineo. El Ejército Nacional en la Guerra de España*, Madrid, Actas, 2004, pp. 164-209 y Juan ANDRÉS BLANCO, *El quinto Regimiento y la política militar del PCE en la guerra civil*, Madrid, UNED, 1993.

32. Sobre las asociaciones excombatientes franquistas (Delegación Nacional de Excombatientes, Hermandad Nacional de Alféreces Provisionales, Hermandad de Antiguos Combatientes de los Tercios de Requetés, Hermandad de la División Azul, Guardia de Franco), nos limitamos a citar el dossier firmado por Julio BUSQUETS, Juan Carlos LOSADA y Carlos FERNÁNDEZ sobre “El bunker. La irresistible ascensión de los alféreces provisionales”, *Historia 16*, nº 119, marzo 1986, pp. 42-68 y José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, *Reaccionarios y golpistas. La extrema derecha en España: del tardofranquismo a la consolidación de la democracia (1967-1982)*, Madrid, CSIC, 1994, pp.101-115 y *La extrema derecha española en el siglo XX*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 359-364.

milicias socialistas), o bien en secciones de protección en diferentes ámbitos: las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC) del Partido Comunista y los grupos de autodefensa anarquistas en el laboral, las escuadras falangistas del Sindicato Español Universitario (SEU) en el estudiantil, las JAP y el Requeté en la salvaguardia de establecimientos religiosos y en el mantenimiento del orden en las reuniones políticas. No todas las organizaciones político-sociales contaron con milicias, pero ello no significa que sus proclamas carecieran de alusiones a la violencia. Algunas simplemente dejaban este cometido a sus secciones juveniles, que si bien no formaban milicias en sentido estricto, sí desempeñaban una función en muchas ocasiones similar.

La República como régimen de convivencia democrática sólo suponía un valor absoluto para los minoritarios partidos republicanos burgueses, que precisamente por ello no crearon grupos armados ni se mostraron partidarios de su formación por parte de otros partidos, ni siquiera bajo la evocadora denominación de “milicia nacional republicana”. Su creencia, que luego se reveló errónea, era que la potenciación de los aparatos coercitivos del Estado y su adaptación a la nueva situación política iban a resultar suficientes para la defensa del régimen y para poner coto a una situación de creciente violencia. En contrapartida, la legalidad republicana valía muy poco para ciertos partidos y facciones que no dudaron en pregonar la lucha contra el adversario, no sólo en las urnas, sino sobre todo en la calle. Mientras tanto, la violencia era aceptada por amplias capas de la opinión pública española como un arma política más. En determinados ámbitos partidistas se desarrolló y alentó desde las alturas una verdadera subcultura de la fuerza bruta y de la acción expeditiva contra el adversario que suplía en forma de mentalidad específica la falta de una doctrina, filosofía o teoría compleja de acción política. Los llamamientos a ese respecto fueron simplistas y maniqueos, y la elaboración teórica, más copiada del extranjero que fruto de la propia constatación de la situación española, quedaba en un lugar secundario respecto a las consignas, clichés y prejuicios de cada grupo.

4. Hipótesis sobre el ensañamiento violento en la guerra civil

En España, con algunas raras excepciones vinculadas a la guerra de Cuba³³ y a las operaciones punitivas en Marruecos (de las que daremos cuenta más adelante), la violencia de guerra se ha estudiado en el contexto casi exclusivo del conflicto civil de 1936-39, y coincide de forma casi perfecta con el fenómeno de la represión, que ha ocultado tras su sombra alargada el estudio de otras modalidades de acción coactiva o destructiva de gran intensidad. Una de las preguntas clave que la historiografía española ha tratado de responder desde hace décadas se refiere a las razones que explicarían la extremada violencia de la guerra civil. La historiografía franquista designó a la violencia política, especialmente la que se manifestó desde la revolución de octubre de 1934, como la principal circunstancia desencadenante del conflicto civil y de su inusitada carga destructiva, que no era sino la traslación a la guerra convencional de un conflicto armado e ideológico que ya existiría antes de julio de 1936. Desde la transición, la historiografía académica tendió a identificar factores estructurales o de larga duración (como el régimen de la propiedad agraria, los desequilibrios campo-ciudad, el modelo de Estado, el clericalismo o el militarismo), plasmados en la querrela política en el conflicto trabado entre el reformismo republicano y las resistencias al cambio protagonizadas por los sectores más conservadores. Sin embargo, constatando algo que la sociología de la acción ha asumido hace largo tiempo (que una situación de conflicto o injusticia no explota necesariamente en violencia), en los últimos años se están ofreciendo explicaciones más imaginativas. Por ejemplo, en un interesante libro, José Luis Ledesma cuestiona la tradicional interpretación de la historiografía franquista (asumida sin mayores complejos por las “nuevas” tendencias revisionistas) de la violencia política como generadora del conflicto civil. Como puede constatar en el tipo de violencia desplegada (evidente en el carácter reivindicativo y no revolucionario de las agitaciones campesinas desarrolladas durante el Frente Popular, o en el fuerte contraste existente entre la violencia paramilitar de preguerra y la

33. Sobre la “brutalización” de la guerra de Cuba, ver Antonio ELORZA y Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, *La Guerra de Cuba (1895-1898). Historia política de una derrota colonial*, Madrid, Alianza, 1998, especialmente el capítulo 14 dedicado a la guerra de devastación, donde la reconcentración es calificada de “genocidio innegable” (p. 268). Un estudio de las imágenes generadas por esta guerra, en cap. 18.

genuinamente militar y represiva de la guerra), el conflicto de 1936-39 no fue la consecuencia de las confrontaciones armadas del período anterior, sino una radical ruptura con el mismo. La violencia en gran escala la iniciaron los sublevados al alzarse contra el régimen republicano y provocar una división de la seguridad estatal que degeneró en un peligroso vacío de poder. Éste se tradujo a su vez en una pérdida del monopolio de la coerción y abrió el camino a la revolución y a la violencia colectiva. La violencia, por tanto, no fue la causa, sino la consecuencia, manifestación y efecto de un golpe de Estado que, al fracasar, degeneró en guerra civil al coadyuvar a la definición de los bandos en los múltiples conflictos planteados con anterioridad³⁴. La crisis de poder en el seno del Estado fue, pues, la condición *sine qua non* sobre la que se superpusieron los factores desencadenantes de la violencia: los conflictos sociales previos (sobre todo los de índole agraria), las luchas por el poder local (con la politización de las pugnas banderizas y la quiebra de las lealtades primordiales) o las resistencias sociales a la revolución (con el significativo tránsito del sindicalismo católico al “fascismo agrario”). La llegada externa de la revolución o de la contrarrevolución al ámbito rural hizo que esos contenciosos previos desembocasen inevitablemente en violencia.

En función de la teoría de la violencia diferencial que se manifestó durante la Gran Guerra en los conflictos nacionales convencionales del frente del Oeste y en el radicalismo étnico-racial de la guerra en el Este, caracterizada por las trasgresiones masivas y repetidas del derecho de guerra, algunos autores han tratado de vincular la violencia de la guerra civil a otras experiencias bélicas previas. En un país que no se había involucrado en ningún conflicto internacional desde 1898, la única referencia cultural posible era, a pesar del interés que suscitó la guerra del 14, la experiencia colonial en Marruecos. La lejanía histórica de las grandes contiendas militares del XIX pudo alentar en España una cultura del conflicto que no fue refrenada por el recuerdo de recientes atrocidades. En los últimos años, autores como Sebastián Balfour, María Rosa Madariaga o Gustau Nerín han planteado la interesante hipótesis de que la brutalización de la guerra civil se debe a que la experiencia de combate más inmediata no procedía del “civilizado” marco europeo occidental, sino de la guerra africana, una de las últimas campañas coloniales de conquista del siglo XX. En el caso concreto de la “invención del enemigo”, la caracterización del “moro” implicaba siempre un alto grado de deshumanización, de eliminación de empatía para con los demás y de simplificación identidades necesariamente complejas; operación que, sin duda, resulta más sencilla de realizar en las guerras internacionales o coloniales que en la fracturada comunidad nacional sometida al embate de una guerra civil³⁵. Los libros de los autores que acabamos de citar pretenden rastrear la continuidad cultural de los oficiales coloniales entre la Guerra de Marruecos y su participación en la Guerra Civil, describiendo con minuciosidad las experiencias de combate de estos militares

34. José Luis LEDESMA VERA, *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC), 2003, pp. 105-106 y 111.

35. Sobre esta cuestión en general, ver Robert W. REIBER (ed.), *The Psychology of War and Peace. The Image of the Enemy*, Londres-Nueva York, Plenum Press, 1991. Sobre la visión del enemigo en Marruecos, ver BALFOUR, *Abrazo mortal*, p. 348; María Rosa MADARIAGA, “Imagen del moro en la memoria colectiva del pueblo español y el retorno del moro en la Guerra Civil de 1936”, *Revista Internacional de Sociología*, vol. XLVI, 1998, pp. 575-599; Josep LLUIS MATEO DIESTE, *El “moro” entre los primitivos. El caso del Protectorado español en Marruecos*, Barcelona, Fundación “La Caixa”, 1997; Juan GOYTISOLO, “Cara y cruz del moro en nuestra literatura”, *Revista Internacional de Sociología*, vol. XLVI, 1998, pp. 607-616 y Eloy MARTÍN CORRALES, *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Bellaterra, 2002. No disponemos de ningún estudio concreto sobre la imagen del enemigo para el caso de la Guerra Civil, pero sí de un interesante estudio sobre el léxico de la muerte que se generó durante la contienda. Según José Antonio PÉREZ BOWIE, *El léxico de la muerte durante la guerra civil española (ensayo de descripción)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1983, pp. 131-133 se manifestó una mayor prudencia oficial en las alusiones a la violencia y a la muerte, vinculada al control de la actividad propagandística por parte de los poderes políticos. Pero en general, los combatientes de ambos bandos proliferaron fórmulas retóricas llenas de ironía, que connotaban odio, temor o desprecio frente al enemigo, y que solían hacer hincapié en la violencia mediante la complacencia en la descripción de la muerte. Mientras que en la derecha, la impregnación del “estilo” falangista se tradujo en la adopción de una amplia retórica necrófila de tono lírico, donde dominaba la figura de la paradoja: la denegación de la ausencia física a través del grito “¡Presentel!”, o la concepción de la muerte, no como sueño eterno, sino como guardia permanente, para las izquierdas la muerte violenta encerraba un componente lírico mucho menor, y su apreciación política de dicho acto era mucho más diversa.

africanistas y su aplicación al escenario español a partir de 1936. Pero olvidan que este cuerpo de oficiales coloniales (caracterizado por lo que Balfour denomina “cultura gladiatora” basada en el autoritarismo, la visión conspirativa de la historia, la obsesión imperial, la exaltación de la violencia, la camaradería y una particular concepción de la disciplina, orientada a la adhesión a la jefatura carismática antes que a la obediencia a la ordenanza) nutrió también la jerarquía de las diversas formaciones paramilitares de la derecha antirrepublicana durante al República. Balfour, trata de rastrear la continuidad cultural de los oficiales coloniales de la guerra de Marruecos y su participación en la guerra civil, ya que fue este grupo el que trasladó la brutalidad de la experiencia militar colonial al terreno peninsular, dirigiendo en octubre de 1934 y en los primeros meses de la contienda civil una guerra de aniquilamiento dirigida a la conquista del territorio y a la aplicación de escarmientos colectivos en el frente y la retaguardia³⁶. Durante la República, se describió la rebelión asturiana de octubre de 1934 como un nuevo Rif, y Franco llegó a comparar la campaña represiva sobre los mineros con una “guerra fronteriza” contra extranjeros, disociando a los asturianos de la categoría general de los españoles³⁷. Año y medio más tarde, las instrucciones de Mola de 30 de junio de 1936 sobre la insurrección en Marruecos, en las que proponía “eliminar” a todos los elementos de izquierdas”, incluidos sindicalistas y masones, muestra el camino recorrido en brutalidad desde el pronunciamiento de Sanjurjo de 1932 (bastante inocuo en todo su ritual decimonónico) a la crueldad extrema y estudiada propuesta por Mola en 1936³⁸.

Estas operaciones de limpieza dirigidas a imponer el terror inculcaron una cultura de la guerra orientada hacia adentro, no hacia la expansión imperialista, como en los países fascistas más maduros. De modo que, en su factura inmisericorde, la guerra civil se convirtió en una guerra de liquidación y de exterminio similar a la emprendida en Europa del Este en ambos conflictos mundiales. Una guerra que no se caracterizó por el derroche de material, sino que se distinguió por la “desmodernización”, la devastación y el despoblamiento forzado. También se encuentran otras similitudes entre las vivencias de la Primera Guerra Mundial y la Guerra Civil española, ya que el conflicto europeo fue vivido por mucho combatientes como una experiencia mística y religiosa de regeneración nacional a través de la violencia purificadora, y el conflicto español también se contempló como una contienda entre el bien y el mal absolutos de la que la nación salió salvada y redimida³⁹.

Francisco Sevillano Calero ha aplicado las tesis de la implicación de la gente corriente en los procesos y las estructuras de exterminio del adversario político durante los años treinta y cuarenta, ya

36. Los legionarios veían a todos lo marroquíes como enemigos, encubiertos o declarados; de ahí las masacres de ancianos, mujeres y niños en la campaña, y exhibición de partes de cuerpos mutilados en el más puro ritual tribal. Sobre la “brutalización” hacia los rifeños, ver BALFOUR, *Abrazo mortal* (quien en p. 336 recoge un testimonio militar de que “había que destruir al máximo número de ellos para aterrorizarlos mejor”); María Rosa MADARIAGA, *Los moros que trajo Franco. La intervención de tropas coloniales en la Guerra Civil*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, 2002 y Gustau NERÍN, *La guerra que vino de África*, Barcelona, Crítica, 2005. Como dice Michael RICHARDS, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 34, hasta noviembre de 1936 no hubo un enfrentamiento regularizado, sino escaramuzas, peleas callejeras, operaciones policiales y purgas emprendidas por el Ejército rebelde con apoyo de milicias, con expediciones violentas de saqueo y pillaje bajo la tradicional denominación de *razzias*. Dos buenos estudios de estos métodos coloniales de “acercamiento indirecto” y “limpieza sistemática” de las poblaciones aplicados a los primeros pasos de la campaña de aproximación a Madrid, en BALFOUR, *Abrazo mortal*, pp. 531-548 y Francisco ESPINOSA, *La columna de la muerte. El avance franquista de Sevilla a Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2003.

37. BALFOUR, *Abrazo mortal*, pp. 383 y 464. Las brutalidades coloniales en Asturias, en pp. 466-472. Este autor señala, p. 472, que octubre de 1934 fue el ensayo general para el levantamiento, pero desde el punto de vista del Ejército colonial, que con sus métodos se ganaron la admiración de la derecha.

38. BALFOUR, *Abrazo mortal*, p. 486.

39. Zira BOX, “Sacrificio y martirio nacional. Pasión, muerte y glorificación de José Antonio Primo de Rivera”, documento de trabajo presentado al Seminario de Historia Contemporánea del Instituto Universitario Ortega y Gasset, 19-V-2005, p. 11. Publicado con posterioridad de forma breviada con el título “Pasión, muerte y glorificación de José Antonio Primo de Rivera”, *Historia del Presente*, nº 6, 2005, pp. 191-216.

empleados por historiadores como Browning, Rhodes o Goldhagen⁴⁰, para estudiar la implicación civil en la política de terror implementada en la zona rebelde tras el fracaso del golpe militar de 1936. Este autor advierte que la frustración del objetivo inmediato de conquista del poder coadyuvó a convertir el estallido inicial de violencia en una “guerra de exterminio” del enemigo. Esta realidad, que fue común a los dos bandos contendientes, tuvo en la zona rebelde características peculiares que impulsaron una “barbarización” creciente de los comportamientos individuales y colectivos. La cultura política dominante en amplios sectores de la población sometida a la férula militar contemplaba la violencia, no como un mero instrumento, sino como un valor en sí mismo que orientaba la conducta moral y política. Según Sevillano, la inaudita voracidad de la violencia, que se presentaba como un remedo de las operaciones contrainsurgentes en Marruecos, y que prefiguraba la política de exterminio de la *Wehrmacht* en la URSS y los Balcanes, se puede explicar al ser dirigida, ejecutada y alentada en cada lugar de la zona nacionalista por la yuxtaposición de las necesidades militares, el oportunismo de Falange y los intereses de la Iglesia católica, cuya contribución a la legitimación religiosa del alzamiento generó un poderoso estereotipo: el de la sangre redentora de los “mártires de la Cruzada”. Igualmente, Julián Casanova habla de un plan de exterminio (desde la violencia física, más o menos arbitraria y vengativa, al terror institucionalizado) y de una justicia posbélica de calculada inclemencia, ejemplo perfecto del compromiso de los vencedores con la venganza y la negación del perdón y de la reconciliación⁴¹. A nuestro juicio, una posible explicación de las manifestaciones de brutalización presentes en la marcha del ejército insurgente hacia Madrid debería tomar en consideración, por ejemplo, la naturaleza del instrumento combatiente (las unidades marroquíes acostumbradas a un modo peculiar de combate sobre la población civil), el marco estratégico de actuación represiva plasmado en las instrucciones de Mola y la coyuntura político-militar del momento, caracterizada por la perentoriedad de la marcha forzada hacia Madrid y la evaluación del riesgo de dejar amplias bolsas de población insumisa a retaguardia, que impuso un rápido proceso de control y asunción del poder local por parte de esos grupos contrarrevolucionarios.

5. Las consecuencias de la brutalización y la banalización de la violencia: el arraigo de una cultura de la represión en la guerra y la posguerra

A diferencia de la violencia ejercida sobre los combatientes en el campo de batalla, la cultura de la represión en sus diferentes facetas lleva siendo minuciosamente estudiada desde hace treinta años. No es el momento ni el lugar de hacer un recorrido, siquiera somero, sobre la ingente bibliografía al respecto. Sólo señalar que, desde el final de la contienda, y prácticamente hasta la actualidad, el debate historiográfico ha girado en torno a dos cuestiones esenciales, de indudable calado polémico y no menos evidentes connotaciones de orden moral: las características de la represión y su balance cuantitativo en las dos zonas en conflicto. Tras los discutibles y discutidos análisis estadísticos de Ramón Salas Larrazábal⁴², la transición política abrió camino a los primeros estudios pioneros sobre la persecución de la disidencia política en la zona franquista, teñidos en ocasiones de un fuerte contenido polémico y reivindicativo, que comenzaron a aparecer en 1977-79 en forma de artículos en publicaciones de información general como *Interviú* y en revistas de divulgación histórica, aunque también surgieron las primeras monografías especializadas sobre el tema. La publicación de la obra de Ian Gibson sobre la represión en Granada y el asesinato de García Lorca, aparecida primero en

40. Francisco SEVILLANO CALERO, *Exterminio. El terror con Franco*, Madrid, Oberon, 2004. Ángela CENARRO, “Matar, vigilar y delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)”, *Historia Social*, nº 44, 2002, pp. 65-85 también emplea algunos análisis avanzados por Christopher R. BROWNING, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, Harper & Collins, 1991 (ed. francesa en París, Les Belles Lettres, 1996) y Richard RHODES, *Masters of Death: The SS-Einsatzgruppen and the Invention of the Holocaust*, Oxford, Perseus Press, 2002 (ed. castellana en Barcelona, Seix Barral, 2003).

41. Julián CASANOVA (coord.), *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002.

42. Ramón SALAS LARRAZÁBAL, *Pérdidas de la guerra*, Barcelona, Planeta, 1977 y *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, Rioduero, 1980.

Francia 1976, y que alcanzó cinco ediciones en España entre 1979 y 1980⁴³, permitió constatar el arrastre comercial de estos estudios y permitió una revitalización de los mismos, favorecida a partir de los años ochenta por otras circunstancias, como la consolidación del poder de la izquierda en el Gobierno central y en gran parte de las Comunidades Autónomas, Diputaciones y Ayuntamientos, y por factores de orden estrictamente historiográfico como la polvareda levantada por el libro de Alberto Reig Tapia en 1984⁴⁴, o las conmemoraciones anejas al L Aniversario del inicio de la guerra civil en 1986. En estos últimos quince años, la controversia ha ido dejando paso a un marco de análisis más sereno, preocupado cada vez más por la metodología y por los aspectos teóricos, que ubica el fenómeno represivo en el contexto más amplio de la agitación social y la violencia política en la España y la Europa de los años treinta y cuarenta⁴⁵, y que plantea la implementación de una política coactiva omnipresente y multilateral. Las últimas investigaciones permiten constatar que la dictadura franquista desarrolló una verdadera cultura de la represión que impregnó a toda la sociedad, y en la que la miseria y la humillación iban de la mano. En su estudio sobre la compleja interacción de la violencia institucional, la ideología, la religión, el sexo, el lenguaje, la economía y la estructura laboral corporativa, Michael Richards demuestra que todos estos factores coincidieron en la idea de autarquía como modo de purificación social en un espacio cerrado, donde la autosuficiencia permitía la adopción de drásticas medidas de intervención en prácticamente todos los aspectos de la vida con el objeto de humillar y explotar a los vencidos⁴⁶. El traslado del enfoque de las grandes oleadas represivas (física, económica, ideológica, educativa, sindical...) gestionadas desde el Estado a las microrrepresiones cotidianas (lingüística, doméstica, sexual, laboral...) permite abrir el campo de visión a las condiciones materiales y la vida cotidiana, gracias en buena parte al empleo de la abundante literatura testimonial que dejó la guerra y la posguerra⁴⁷. Reputados investigadores de la represión como Francisco Moreno, Julián Casanova, Miguel Ors Montenegro o Josep Massot llevan tiempo defendiendo una visión cultural de la represión, basada en el los usos públicos del miedo y la memoria, que supere de forma definitiva el empirismo y la obsesión cuantitativa que ha prevalecido en esta área específica de estudios sobre la guerra civil y el franquismo. Con ello se cerraría el círculo, integrando y “normalizando” estas actitudes de posguerra en el más amplio espacio heurístico de la “cultura de guerra”.

43. Ian GIBSON, *Granada en 1936 y el asesinato de Federico García Lorca*, Barcelona, Crítica, 1979 (ed. original inglesa en Chicago, J. Philip O'Hara, 1973; 1ª ed. castellana, en París, Ruedo Ibérico, 1976).

44. Alberto REIG TAPIA, *Ideología e historia (sobre la represión franquista y la guerra civil)*, Madrid, Akal, 1984.

45. Hacia 1999 se pudo hacer el primer balance actualizado de las víctimas de la represión en ambos bandos, en el libro coordinado por Santos JULIÁ, *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999 (con colaboraciones de Julián Casanova, Josep M^a Solé i Sabaté, Joan Villarroja y Francisco Moreno), que coincide con la reactivación de la preocupación por los temas de la cultura y la memoria. Otra obra colectiva de interés es la de Conxita MIR CURCÓ (coord.) *La represión bajo el Franquismo*, Dossier de *Ayer*, n^o 43, 2001, pp. 1-188.

46. Michael RICHARDS, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999. Sobre la autarquía como política de exclusión y los usos políticos del terror, ver también Antonio CAZORLA, *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 67-110.

47. Sólo para la guerra civil: Rafael ABELLA, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil*, Barcelona, Planeta, 1976-1978, 2 vols.; Fernando DÍAZ-PLAJA, *La vida cotidiana en la España de la guerra civil*, Madrid, EDAF, 1994 y Juan Carlos RODRÍGUEZ CENTENO, *Anuncios para una guerra: política y vida cotidiana en Sevilla durante la guerra civil*, Sevilla, Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento, 2003. Un intento de revisión teórica, en Enric UCCELAY DA CAL, “El concepto de ‘vida cotidiana’ y el estudio de la guerra civil”, *Acacia* n^o 1, 1990, pp. 51-74. Sobre la cultura material, ver José Mario ARMERO y Manuel GONZÁLEZ, *Armas y pertrechos de la Guerra Civil española*, Madrid, Ediciones Poniente, 1981.